

ALBERTO BERMÚDEZ ORTIZ

# ZOMBIS

El apocalipsis Zombi  
con Denominación de Origen



ALBERTO BERMÚDEZ ORTIZ

# ZOMBIS

El apocalipsis Zombi  
con Denominación de Origen

**Zoombi: El Apocalipsis zombi con denominación de origen**

© 2010 de la presente edición T. Dolmen Editorial sobre la presente edición

**Autor:** Albert Bermúdez Ortiz

**Primera edición:** Abril 2010

**ISBN:** 978-84-937544-1-9

**Depósito Legal:**

C/Mateu Obrador nº 1, bajos

07011 Palma de Mallorca

dolmen@dolmeneditorial.com

**Director colección:** Álvaro Fuentes.

**Corrección:** Elsa Otero.

**Maquetación interior:** Llorenç P. B.

**Diseño y dibujo de portada:** Alejandro Colucci.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o del editor, salvo para uso informativo. Todos los personajes y sucesos en esta publicación, más allá de los que son claramente del dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Precio en Canarias, Ceuta y Melilla incluye gastos de transporte.

**Agradecimientos:**  
A JLF, sin cuya colaboración este proyecto no habría visto la luz.  
Y por ser mi amigo.

**Dedicado a:**  
A Bel y Albert.



## PRÓLOGO

El temido apocalipsis zombi ha llegado hasta el umbral de nuestros hogares. Debemos hacernos fuertes. Aunar esfuerzos. Buscar enclaves estratégicos en los que sentirnos protegidos. Rastrear nuevas fuentes de aprovisionamiento. Analizar a nuestro enemigo. Conocer sus costumbres. Encontrar efectivos métodos de defensa... y ataque.

Debemos organizarnos. Resistir. Sobrevivir. Perpetuarnos.

Pero que nadie piense, ni por un momento, que será una tarea fácil. Aquí no hay militares expertos en defensa personal y modernas técnicas de combate. Ni siquiera soñéis con una atractiva científica que os promete un antídoto capaz de erradicar el virus zombi.

Esto es España. Aquí no hay héroes. Sólo maleantes, aprovechados, vagos e inútiles. Habrá momentos en los que desees convertirte en uno de ellos.

Quizá no sea éste el lugar idóneo para sobrevivir a un apocalipsis zombi.

*Zoombi* es la primera epopeya zombi con auténtica denominación de origen. Un relato costumbrista sobre el horror de los muertos vivientes, atiborrado de personajes pintorescos y humor cañí en el que podrás experimentar el fenómeno zombi como nunca antes lo habías hecho.

J.L.F

Si te encuentras en medio lo que podríamos denominar un «holocausto Zombi» (podrás deducirlo simplemente mirando por la ventana y comprobando si seres semejantes a los humanos, en cuanto a morfología, están comiéndose a otros que realmente lo son) y tienes la suerte de contar entre tus manos con este Informe-Diario, pasa directamente a la lectura del Anexo que se incluye en él y aplica con la mayor urgencia posible los consejos que se especifican. En caso contrario, sabedor del peligro que se cierne sobre la humanidad, y habiendo ya tomado las pertinentes medidas de seguridad, lee desde aquí y relájate: el espectáculo ha comenzado.



## **Informe-Diario de a bordo: día 1, 3.00 p.m., lunes.**

*«En el principio creó Dios los cielos y la tierra.»*

Se equivocaron los incrédulos, los que nos tacharon de locos, los que se rieron a nuestras espaldas y aquellos que ni siquiera nos concedieron el beneficio de la duda. Tanto experimento científico y manipulación genética incontrolada han terminado por alterar el devenir de la naturaleza dando al fin la razón a los integrantes del Núcleo Precognitivo y a sus prosélitos, entre los que obviamente me encuentro, aunque no quisiera pecar de presuntuoso adelantándome a los acontecimientos. Gracias a aquellos que intuyeron los derroteros de la involución humana, otros podrán sobrevivir. Supisteis anticiparos a vuestro tiempo: los Jules Verne de mi tiempo. He soportado durante años constantes alusiones a mi carencia de vida social y amorosa y a lo perjudicial para mi estabilidad mental de mi inusitada afición por películas, libros o cualquier otro soporte de información que tuviera como protagonista a la criatura más interesante que el hombre ha sido capaz de crear: el zombi.

Era cuestión de tiempo que ocurriese. El día de la tribulación ha llegado, y el presente Informe-Diario dejará constancia de la evolución de la invasión zombi en los sucesivos días y de los avatares que ella me depare. He decidido llamarlo así después de sopesar los pros y los contras de dicha denominación: al principio me decantaba por llamarlo sólo «informe» para dotarlo de la necesaria objetividad que redundaría en su valía científica, aunque implicaba renunciar al estilo literario, que al fin y al cabo es uno de los factores que me empujan a escribirlo y del que no estoy dispuesto a prescindir, por lo parco en palabras del lenguaje científico y su intrínseca y por otra parte requerida «asepsia sentimental», así que he tenido que desestimarlo. Denominarlo «diario» tendría justo el efecto contrario: menoscabaría la pretendida intención erudita, por lo que, ciñéndose a mis expectativas, me he visto obligado también a desecharlo. Es evidente que la fórmula ideal es la que finalmente he escogido: Informe-Diario, en lo sucesivo ID. Me doy cuenta de que no será éste el único documento escrito que perpetúe lo acaecido en estos días aciagos, aunque dudo que tengan un estilo narrativo que haga amena su lectura. Siempre supe

que se presentaría la oportunidad de mostrar mi talento narrativo: lástima que el momento escogido por la providencia sea el de la destrucción de la humanidad, pero no por ello voy a hacerle ascos. No quisiera excederme en la introducción, teniendo en cuenta que desde hace unas horas los medios de comunicación alertan de que la invasión empieza a tomar tintes extintivos para la raza humana, pero tampoco forma parte de mis pretensiones que el fuero se lleve una idea equivocada –o en todo caso no llevarse ninguna– del autor de este legado para la Nueva Era: la que tenga que constituirse con los restos de la civilización que actualmente conocemos; así que espero que se me perdone la licencia.

Las noticias que hasta ahora aparecen tampoco merecen especial atención: son las normales en caso de Invasión Zombi, o Apocalipsis Zombi –no es mi intención ponerme puntilloso con el tema–. Ataques masivos a cualquiera que se aventure a salir de su casa, cuerpos destrozados por doquier, disparos, saqueos y violaciones: lo normal, ya digo. Hordas de zombis surgidos de la nada han empezado a atacar a diestro y siniestro y no están dejando, valga la expresión, títere con cabeza. En la televisión se afanan en mostrar toda clase de imágenes de cuerpos destrozados y de banquetes pantagruélicos con comensales ávidos de carne y sangre. Muchas de estas escenas ya las recrearon las obras de los del Núcleo Precognitivo anteriormente mencionado. Aparte de un comportamiento marcadamente antropófago, todavía no puedo asegurar si presentan otras características consustanciales atribuidas a estos zombis (también «Z» o «Zs<sup>1</sup>», si hago referencia al plural, según convenga) o si difieren en mucho de lo que marcan los cánones. Pero deduzco que en las próximas horas podré dilucidar más sobre el asunto. Como comentaba, los medios de comunicación narran con estupor el Armagedon (aunque jamás se plantearon que se derivase de una plaga zombi), presentando una imagen bastante patética de sí mismos: denotan una ignorancia supina acerca de los hechos que les toca narrar y su incapacidad intelectual queda patente en cada

---

<sup>1</sup> «Z» o «Zs»: término que he acuñado para referirme de forma abreviada a estos seres y que utilizaré alternativamente con el vocablo más común, «zombi», según las circunstancias.

intervención. Algunos de los reporteros han sido atacados en directo, por lo que la sucesión de imágenes dantescas ha podido ser vista por millones de personas: un hecho evidentemente sin precedentes en la historia de la televisión.

El presidente y algunos miembros del gobierno han hecho ya su aparición en los medios de comunicación afines llamando a la calma, a la serenidad —cosa bastante complicada de llevar a cabo en el caos más absoluto—, y quitando importancia a lo acaecido. Mientras, el partido de la oposición ha hecho lo propio en los suyos arremetiendo sin miramientos contra los primeros y culpando de la invasión a la gestión política mantenida, al paro y a otras cuestiones de índole socioeconómica que no vienen al caso. De todo ello se deduce que la crisis Z ha tomado proporciones incontrolables y que la gravedad del asunto es inversamente proporcional a la importancia que le atribuye el estamento oficial; de ahí que la población, dados los antecedentes políticos en los que últimamente nos hemos visto envueltos, desoigan cualquier comunicado gubernamental: mis conciudadanos, presos del pánico, abandonan sus hogares hacia lugares supuestamente no afectados quedando expuestos a un ataque. Ignoran que las aglomeraciones de personas que se producen en grandes ciudades son el caldo de cultivo perfecto para que la epidemia se extienda en progresión geométrica, y que es mucho más seguro permanecer en poblaciones de poca densidad demográfica, como es el caso del pueblo en el que habito y que elegí concienzudamente en previsión de tales circunstancias. Agradezco no tener adónde ir: no tengo familia (viva, me refiero) y mis relaciones sociales se han fraguado al calor del anonimato de lo superfluo. Si la habitación en la que me encuentro no contase con cristales blindados, llegaría hasta mí la batahola de la huida de todos ellos. Los que no sean devorados mañana engrosarán las filas zombis. Se ha declarado el estado de excepción y el ejército intenta controlar la situación, sin mucho éxito por el momento.

He tenido que suspender la escritura para atender una llamada al timbre de mi puerta de un conciudadano avisándome de que se han habilitado el autobús de línea del pueblo, y el escolar, para huir hacia... no se sabe dónde. Evidentemente, he declinado la oferta argumentando que estaba inmerso en un proceso creativo que no

podía desatender, cosa que ha debido de ofender en extremo a mi interlocutor, ya que ha mostrado su disconformidad con mi decisión haciendo alusiones a mi estado mental. Me he enterado por otra parte de que el vecino de arriba ha seguido mi ejemplo, lo que me extraña dada su timorata personalidad: pero éste será un hecho que me beneficie, tal y como quedará patente más adelante.

Pronto amanecerá y estos nuevos inquilinos tendrán que buscar un lugar donde pernoctar a salvo de los rayos de sol, poco adecuados a priori para sus pieles cianóticas. Será entonces el momento de realizar la primera misión de reconocimiento. Por ahora, permanecer en casa encerrado a cal y canto es la opción más segura. Avanzaré de todos modos las líneas maestras de mi plan para el día de mañana. No tengo necesidad de avituallarme: mi despensa se encuentra bien provista, pero me he quedado sin tabaco de pipa, lo cual es inaceptable y requerirá una visita al estanco ubicado dentro del supermercado del pueblo. Mi empeño en conseguir una buena mezcla de tabaco no es gratuito: me ayuda a pensar, a tomar decisiones trascendentales, mantiene mis nervios templados y es lo único que consigue que mis visitas al lavabo no sean un vía crucis: sufro de estreñimiento severo crónico; me ahorraré ser más explícito abundando en detalles escatológicos.

Tendré que agenciarme un arma: la manera más sencilla de acabar con un Z es volarle la tapa de los sesos con un calibre cuarenta y cinco. Existen otros métodos, como la desmembración, la decapitación o el abrasamiento, pero requieren una logística poco práctica y demoran en exceso la muerte del individuo. La profusa regulación legal a que están sometidas estas efectivas aniquiladoras de zombis y un informe psiquiátrico desfavorable me impidieron hacerme con una, y nunca he sido partidario de adquirir elementos de primera necesidad en el mercado negro. Quizá sea ésta la cuestión más peliaguda y la que entraña mayor dificultad. Como conseguir tabaco no plantea más complicación que la de acudir al establecimiento donde se dispensa, dedicaré estas líneas a pormenorizar cómo lograr mi segundo propósito. Sé de la existencia de una pistola, y aun encontrándose en este mismo edificio, hacerme con ella requerirá la elaboración de un plan maestro orquestado con el soporte de diferentes áreas cognitivas, en especial el de la psicología humana. La pistola

en cuestión es de propiedad ajena, en concreto de mi vecino del piso de arriba, lo que explica que su inesperada decisión de quedarse en el pueblo mientras todos partían haya acabado jugando a mi favor. Sé de su existencia porque había hecho alarde de su puntería en la práctica de tiro en el club al que pertenece. En su día me pareció una afición detestable, pero reconozco que en estos momentos la considero de lo más oportuna. No conozco armerías cerca de aquí, pero en cualquier caso hacerse con ella en un establecimiento requeriría tiempo para el planteamiento y la ejecución de una acción compleja, por lo que resulta inviable. No creo que se preste a dejarme el arma, dada la precariedad en la que nos encontramos, por lo que es ésta la rémora más importante que he de salvar por el momento.

Como plan «A» sugeriré el canje del arma por comida. Cuento con cantidad suficiente de carne, entre la que se encuentra un jamón de pata negra que podría servir como moneda de cambio (aunque reservaré este manjar para requerimientos más extremos). En vez de eso, he decidido ofrecer un par de salchichones, unos chorizos y alguna vianda más para solventar el asunto, todos ellos de primera calidad y con denominación de origen. Sin duda, el estado de shock en el que se encontrará el propietario del arma y mi capacidad persuasiva harán que el trueque se haga efectivo. Puesto que auguro un éxito absoluto al plan A, no tengo plan «B».

Podrá parecer que esta acción no es del todo honesta, pero es de vital importancia que el arma esté en poder de alguien no ya con conocimientos prácticos en su uso y manejo, ámbito en el que reconozco mis limitaciones comparándolas con las del propietario, sino que cuente con una capacidad de raciocinio estable en situaciones de estrés y declarados estados de sitio o excepción y que pueda tomar las decisiones adecuadas para salvaguardar las vidas de los que lo rodean. Este punto se ve debilitado por el hecho de que en el edificio sólo somos dos, él y yo. Pero cuento con que entre en razón y me ceda el arma sin mayores complicaciones. En cuanto amanezca, pondré en marcha el plan. Ahora voy a dormir un poco, mañana será un día duro.



## **Informe-Diario de a bordo: día 2, 11.00 p.m., martes.**

*«Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas.»*

La ejecución del plan para agenciarme el arma de mi vecino ha sido un estrepitoso fracaso y ha derivado en una escena ignominiosa e indigna. No ha entrado en razón, y además ha esgrimido cuestiones más bien egoístas y cortas de mira. Esto me coloca en una posición comprometida. Más aun teniendo en cuenta los últimos sucesos: la pasada noche, mientras disfrutaba de mi merecido descanso, las hordas «Z» han avanzado organizadamente, lo cual aporta un dato significativo que hay que tener en cuenta y que a la postre confirma otra de las teorías barajadas en la última obra al respecto: cuentan con cierta capacidad para pensar. Claro que su intelecto no tiene parangón con el humano, pero esto les proporciona un plus de peligrosidad, si cabe.

Se presenta un gran dilema: está claro que la posesión del arma otorga ventaja a su propietario a la hora de mantenerse con vida. Lo que más me ha molestado han sido sus modales: poco educados y totalmente fuera de tono; además, inconcebiblemente, no ha mostrado ningún interés por los manjares que pretendía ofrecer a cambio de su arma, e incluso ha llegado a ridiculizar el intento profiriendo insultos personales que no venían a cuento. Para que quede constancia del hecho reproduciré la escena fielmente: que sea la posteridad la que juzgue.

Para ser consecuente con el planteamiento del ID, la sucesión de hechos comenzaba esta mañana a las 10.00 a.m., tal como había programado en mi despertador, e igual que el resto de los días. Puede parecer un poco temprano, habida cuenta de que no tengo obligación alguna que reclame mi atención. Fui el agraciado con el gordo de Navidad hace unos años, lo cual me permitió desarrollar mis capacidades intelectuales profundizando en temas poco estudiados. Este afortunado acontecimiento me permitió, además, alojarme en una morada adecuada a mis necesidades.

He realizado mis ejercicios matutinos en el pequeño aunque completamente equipado gim que hice instalar en una de las habitaciones: todo hombre está obligado a mantener una buena forma física que le

permita enfrentarse a los requerimientos que la vida pueda presentarle, y en mi caso con mayor motivo, ya que debía estar preparado para tal eventualidad. He de reconocer que en alguna ocasión había puesto en duda la idoneidad de la inversión, aunque, por razones obvias, ya ha quedado disipada toda duda al respecto.

Después de los ejercicios he desayunado mis habituales cereales con leche de soja, aderezados con un poco de miel y cacao en polvo, mientras veía en televisión las últimas noticias que ya he adelantado. La última hora presentaba a los Zs agenciándose algunos autobuses de línea, lo que les ha permitido moverse con libertad por la ciudad, aunque la merma de las facultades humanas en su nueva condición (y algunas amputaciones de miembros inferiores o superiores) parece que no les hace muy duchos en el arte de la conducción, y muchos han acabado empotrados en paredes después de llevarse por delante abundante mobiliario urbano, que nos tocará abonar a los que sobrevivamos a esta debacle. Además, su incapacidad para mantener el orden dentro del habitáculo para pasajeros ha contribuido al fracaso de la empresa. Por otra parte, se confirmaba que, efectivamente, sufren de una total intolerancia a los rayos ultravioleta, con lo que a primera hora de la mañana la actividad genocida casi ha desaparecido; parecen ignorar dónde se han retirado, aunque la teoría más probable es la que sostiene que se refugian en lugares resguardados del sol. No es por darme ínfulas, pero si me hubieran consultado, sabrían perfectamente de este y otros datos cruciales y evitarían pérdidas de tiempo innecesarias. En cualquier caso, esta tregua favorecía mis intenciones. Han informado de que toda la comunidad científico-militar se afana por encontrar un remedio, cura o arma capaz de acabar con ellos: se está utilizando armamento convencional, aunque es evidente que eso resta eficacia a la defensa, ya que éste se encuentra en manos de las fuerzas armadas y del orden público y de delincuentes. Por lo que respecta a estos últimos, no parecen estar por la labor, y se dedican a actividades lucrativas ilegales.

Tras la degustación de la abundante ración de cereales, he acometido las habituales pautas higiénicas matutinas. Una buena ducha con agua caliente, un buen afeitado y una buena limpieza bucal contribuyen a reafirmar la condición humana tan amenaza-

da circunstancialmente. Un toque de AG *pour homme* ha puesto el punto final al rito. Había decidido vestir un chándal de deporte, lo cual me permitiría libertad de movimientos, teniendo en cuenta, sobre todo, que después del encuentro previsto tenía una cita con el centro comercial (por el tema del avituallamiento que mencioné anteriormente), pero al final me he decantado por un pantalón teja-no y una camiseta de algodón blanca. Lo correcto habría sido calzar un zapato negro, pero me he permitido una licencia estilística y he recurrido a mis NK con cámara de aire, por si se presentaban problemas. Una chaqueta Gk a juego con el pantalón ha completado mi vestimenta. La coyuntura, aunque teñida de desesperación para la población, no tiene por qué significar la renuncia al estilismo del que hago gala.

Con la indumentaria descrita, subí por las escaleras al piso de arriba, donde habita mi vecino, dispuesto a intercambiar las viandas por el arma. Me invadía la desazón: iba a desprenderme del sustento que era posible que echase de menos en unos días y que, además, estaba sin empezar, a excepción de unas morcillas de Burgos que había incluido en el lote *in extremis* para no resultar cicatero en el trueque y no dar lugar a posibles regateos, incómodos por otra parte.

Desactivé el sistema de seguridad de mi puerta blindada, me aseguré de que no había nadie —concretamente Zs dispuestos a satisfacer sus necesidades básicas conmigo— y salí al rellano. Hice un pequeño ensayo mental de cómo podía desarrollarse la conversación. Recién levantado, y sin haber entablado conversación alguna, era posible que mi habilidad verbal pudiera verse un tanto comprometida y no ser capaz de desarrollar todo mi poder de convicción. Era capital mantener el curso de la conversación por derroteros favorables al desenlace esperado. Un pequeño monólogo en voz alta fue suficiente para calentar la voz y la mente. Tras salvar los veinticuatro escalones que me separaban de casa de mi vecino, llamé al timbre. Tuve que insistir, ya que con el primer intento no logré respuesta alguna del inquilino; así que mantuve el dedo en el pulsador durante un buen rato, variando la secuencia de pulsado para que no se confundiera con otros posibles sonidos de la casa. Lo cierto es que esos minutos de espera fueron algo incómodos, teniendo en cuenta que portaba un salchichón, unos chorizos y las

morcillas de Burgos. Además, el olor de los manjares empezaba a impregnarse en la ropa y acabó por difuminar y confundir en la mezcla el agradable aroma de AG *pour homme*. Deduje que posiblemente el susodicho se encontrase aseándose (una ducha podía ahogar el sonido del timbre) o incluso atendiendo necesidades fisiológicas mayores, otro impedimento para acudir a la llamada. Pensé que quizá no se encontrase en casa, lo cual habría supuesto un contratiempo. Pero como ya anticipé antes, no sería éste motivo suficiente para que mi plan se fuera al traste. Volví a fustigar el timbre hasta que percibí movimiento en el interior de la casa. El sonido de la mirilla de la puerta descubrió el emplazamiento de mi interlocutor:

— ¿Qué quieres?

— Hola, buenos días, vecino. Venía a hablar contigo, si no te importa.

— ¿Con la que está cayendo?, ¿has visto la televisión?, ¿qué está pasando?, ¿de dónde han salido esos... esos... zombis?, ¿vamos a morir?

No era el momento de responder a todas esas preguntas, y menos teniendo en cuenta que estaba en el rellano de la escalera y cargando con unas viandas que, debido al tiempo que habían permanecido en suspensión, empezaban a parecerme pesadas. Así que decidí centrarme en el motivo de mi visita y, en todo caso, dejar para después del intercambio las posibles explicaciones a sus preguntas.

— Bien, sí, estoy al corriente de lo que acontece, aunque mi visita es por otro motivo... aunque relacionado.

— ¿Cómo sé que no eres un bicho de éstos? — quedaba patente el desconocimiento del que hacía gala con semejante pregunta, aunque supe atribuirlo al estado de nervios en el que posiblemente se encontraba e intenté dar una explicación lógica y razonable.

— Bueno, supongo que el hecho mismo de estar manteniendo esta conversación demuestra que no lo soy. Si te fijas, no tengo heridas que manifiesten haber sido atacado, no doy muestras de cianosis y no me cuelga ningún miembro. Y por si fuera poco, te he traído esto — alcé el salchichón, los chorizos y las morcillas, para que no quedase duda al respecto. Al cabo de unos diez segundos,

escuché el pestillo descorrerse y la puerta se abrió. No presentaba un aspecto muy saludable, y su indumentaria, a esas horas de la mañana, dejaba bastante que desear: con ojeras, despeinado y en albornoz, manifestaba bien a las claras que la imagen no era una de sus prioridades.

—¿Qué es eso?, parecen morcillas... chorizos. ¡Y un salchichón! —la agudeza visual, sin duda, la conservaba—. Sabía que no estabas muy centrado, ¿pero qué coño te pasa?, ¿crees que estoy celebrando algo? —interpreté que no mostraba empatía y que no iba a ser fácil proceder al trueque. Con el tiempo he aprendido a leer el lenguaje corporal como si de un libro abierto se tratase, y el suyo no era precisamente halagüeño.

No podía cometer ningún error en la gestión del incipiente conflicto y eché mano de las técnicas utilizadas en procesos de negociación con terroristas que había visto en un centenar de películas. Lo fundamental era no decir que «no» durante la negociación. Así que intenté apaciguar los nervios:

—Sí, efectivamente, pensé que quizá andabas un tanto escaso de víveres. Posiblemente tarden unos días, quizá semanas, en controlar el brote, y ya sabes: mejor que sobre que no que falte. A mí me sobra comida, quizá tú puedas... darme algo a cambio. Hay que mantenerse unidos.

—¿Tú eres tonto? Te presentas aquí con eso y pretendes que te escuche. Que te los cambie por... algo. ¿Qué coño quieres que te dé a cambio? Unas sardinas en escabeche. Mejor aun, podemos organizar una cena mientras vemos en el telenoticias cómo se comen a unos cuantos hombres. Tengo un vino en la despensa para ocasiones especiales.

No sé qué retahíla de despropósitos soltó después de esto, tuve que utilizar técnicas de yoga para evadirme. Con unas respiraciones controladas fue suficiente. Las cosas no iban como esperaba. Tenía que esgrimir el mejor de los argumentos para lograr que aceptase el trueque, así que puse a trabajar todo mi ingenio para la acometida final. Decidí también dejar los víveres en el suelo y poder utilizar todos los recursos expresivos para comunicarme.

—Bueno, no hace falta insultar. En cualquier caso, me gustaría que sopesases tus comentarios antes de esputarlos. Sólo pretendo

mejorar tu estatus y, de paso, las expectativas de vida de ambos. Por otra parte, tu estado de nervios pone de manifiesto tu incapacidad para tomar decisiones en esta coyuntura, lo que fundamenta el motivo de mi visita. En las crisis, alguien tiene que comandar el grupo, y cuento con la formación necesaria para desempeñar esa tarea: mi buena forma física, junto con mis técnicas de combate y estrategia militar, me convierten en el mejor candidato. Déjeme decirle que he visto la mayoría de las películas bélicas que se han realizado y tomado buena nota de todo lo expuesto en ellas. Creo que lo más conveniente sería asumir la defensa del edificio y la de sus ocupantes, o sea, nosotros. El caso es que, aunque estoy preparado en lo que respecta a refugio y víveres, descuidé la logística armamentística, fruto de la exigente regulación legal y de un informe psicológico totalmente inadecuado para mis propósitos, aunque no me gustaría profundizar en este tema por lo doloroso que me resulta de por sí. Como iba diciendo, ese pequeño inconveniente es el que me ha llevado a ofrecer mis viandas a cambio de tu arma y, si no te importa, de unas clases particulares de tiro que podríamos realizar fuera, en el jardín.

No puedo asegurar que mi discurso fuese al cien por cien tal y como lo he transcrito, pero básicamente éstas son sus líneas maestras. Y las posibles omisiones, no siendo importantes, tampoco varían en exceso. Queda patente que el argumentario era el adecuado, al igual que los motivos y el propósito. Dejo en todo caso que sea el posible lector quien juzgue y tilde, o no, de inadecuada la resolución de mi interlocutor, que se limitó a apuntarme directamente al entrecejo con su pistola y, sin mediar palabra, me cerró la puerta en las narices. Ante tal tesitura, no pude más que recoger las viandas del suelo y volver a casa; después de meditar, he decidido no perder el tiempo en análisis estériles y he seguido con mi plan para el día de hoy: ir al centro comercial.

Un último vistazo a través de la ventana confirmaba que no había Zs en la costa. Más bien las calles estaban desiertas. Era evidente que todos habían abandonado el pueblo, y los que quedaban no estaban por la labor de salir de sus casas. El trayecto hasta el centro comercial se hizo agradable. Si no nos estuviera aniquilando un ejército de Zs, hoy podría haber sido un gran día. Eché de menos saludar a algunos

de mis vecinos, comprar el diario y... tomarme el café; aun así, tuve tiempo de acariciar a *García*, uno de los gatos del pueblo. Lo delicado del momento me hizo volver a la realidad y concentrarme en la misión. Evité, por no correr peligros innecesarios, los lugares con poco sol, como callejones y portales. Crucé el parque donde suelo hacer ejercicio y topé con lo que consideré un golpe de suerte: el súper había abierto sus puertas. Observé con gratitud que el coche del encargado del supermercado estaba aparcado justo en la entrada con la puerta del conductor abierta, hecho que despertó mis suspiros. No revelo su nombre por salvaguardar su intimidad y por razones que quedarán sobradamente justificadas. Llamémosle XY, un término que describe a la perfección su personalidad; no quiero extenderme en ello, espero que se entienda la sutileza.

No ha sido sino desde la seguridad de mi morada desde donde he podido urdir la trama del calvario del pobre XY, aunque dejaré para el final las conclusiones. En cualquier caso, intenté no dejarme llevar por un arrebató de euforia ante tan inesperada recompensa. El fracaso del trueque todavía rondaba mi mente; el éxito de la operación me habría colocado en una disposición muy diferente: con un arma y unas clases de tiro, el riesgo habría estado controlado. Además, un análisis detallado del panorama reveló incongruencias que provocaron el prurito de la desconfianza, y eso no era presagio de buenos augurios. Como mínimo, he aprendido a prestar atención a una especie de sentido arácnido (que se revela como esa desazón o prurito ya descrito) que me previene de situaciones potencialmente peligrosas.

Sin más preámbulos, crucé las puertas de entrada. No había personal, ni cajeras, ni atención al cliente ni vendedor de billetes de lotería. Tampoco en ninguna de las tiendas que se ubican dentro del centro comercial, ni siquiera en el recinto del súper propiamente dicho, parecía haber nadie. Uno de esos establecimientos, como dije, era el estanco donde debía conseguir el tabaco de pipa. Todo el recinto se encontraba en penumbra, circunstancia que me puso en guardia. Me acerqué con cautela felina al local, sospechosamente abierto, al igual que el resto de las tiendas. Era evidente que algo raro había ocurrido, aunque la falta de pruebas evitó un juicio con bases empíricas, lo que me indujo a seguir adelante. Mi sentido

arácnido seguía emitiendo señales de peligro, aunque todavía no era consciente de su importancia. En cualquier caso, a esas alturas, era darse media vuelta y volver a casa con otro fracaso a mis espaldas o regresar como un cazador victorioso, con la pieza deseada: mi tabaco de pipa. Abrí la puerta del estanco y requerí atención... Nada. No insistí: me pareció apropiado autoservirme. Dejé el importe encima del mostrador y cogí el cambio de la máquina registradora. Me decanté por una mezcla aromática presentada en una lata con motivos tribales. Guardé la lata de tabaco en el bolsillo de la chaqueta y abandoné el establecimiento. El éxito de aquella primera intervención contribuiría a subirme el ánimo y al alivio de mis necesidades intestinales sin contratiempos.

Desde el pasillo central fui recorriendo el centro comercial: sección de juguetes, menaje del hogar, deportes, hasta la de herramientas, donde, a la vista de sierras, taladros y hachas, decidí parar y hacerme con una de estas últimas, que empuñé hasta el final del pasillo central, donde se encontraba la sección de bebidas. Durante el trayecto no encontré más que un carrito de la compra, que aparté sin miramientos y que, a la postre, resultaría vital para salvar mi vida, razón por la cual lo menciono. No pude evitar abrir una lata de bebida isotónica: tanto trajín requería una restitución de las sales minerales que había perdido mi organismo como consecuencia del estado de tensión al que estaba sometido. Mi intención era abonar el importe, tanto de la recién adquirida arma como del reconstituyente líquido, aunque el desarrollo de los acontecimientos me impidió cumplirla. El importe, que asciende a 15,20 euros, será abonado a quien corresponda tan pronto acabe el holocausto Z.

Volviendo a los hechos, a mano izquierda del pasillo central se encontraba el almacén. No había tenido noticias de XY, y aunque no se encontraba en la lista de mis prioridades, un encuentro con él me habría sido útil; además, se me había ocurrido que quizá el centro comercial contara con alguna sección o tienda donde adquirir un arma de fuego, cosa que subsanaría el contratiempo con mi vecino.

La única alternativa era mirar dentro del almacén: blandiendo el arma, me dirigí hacia las lamas de plástico que hacían de puerta. Antes de cruzarlas, me pareció prudente vociferar el nombre de XY,

un error que casi acaba con mi vida. De entre las lamas de plástico surgió lo que sería mi primera experiencia Z, mi primer encuentro. Un individuo Z es bastante más desagradable de lo que a priori podríamos imaginar: no ya porque físicamente el ser humano sufre una transformación poco favorecedora, sino porque ésta va acompañada de un tufo fétido intolerable a cualquier olfato, además de una halitosis galopante de la que eran presa estos engendros. Un salto ágilmente ejecutado hacia atrás evitó un ataque mortal. Digo mortal porque habría sido el almuerzo del Z. Para profanos en el tema, he de pormenorizar este dato. Cabían dos tipos de ataque Z: el mortal, ejecutado únicamente para alimentarse, satisface sus necesidades más elementales. Es sumamente agresivo, pues estando famélico la única y máxima prioridad es la de proporcionarse alimento; y el «ataque transubstancial»: en este caso, el Z intenta perpetuar su especie mordiendo a la víctima para transferir su condición. El ataque no es mortal en sí mismo, entendiendo «mortal» en su acepción primigenia, claro. Sume a la víctima en un periodo de letargo durante el cual va experimentando su transformación. Necesita entonces un lugar oscuro y con unas condiciones termohigrométricas concretas. Puesto que XY había sufrido un ataque transubstancial y ya había llevado a cabo el proceso de hibernación, sólo necesitaba comer.

Mi primera reacción fue la de soltar un mandoble que acabó cercenando las manos del atacante, aunque la fuerza imprimida en el acto reflejo hizo que mi única arma de defensa acabase empotrándose contra una garrafa de aceite que escanció el líquido por el suelo. Había perdido el hacha, lo cual me dejaba en una situación de inferioridad manifiesta, pero había privado a mi agresor de su capacidad prensil, lo que dificultaría satisfacer sus necesidades alimentarias mediante un nuevo ataque al uso. XY-Z no pareció experimentar dolor alguno, o al menos no profirió gritos o sonido gutural asimilable que lo evidenciase. Di media vuelta y deshice el trayecto recorrido; al llegar al pasillo central, miré de soslayo a mi perseguidor, que había resbalado con el aceite vertido en el suelo, lo cual me llevó a dar por buena la pérdida del arma y a ganar distancia de ventaja. Se afanaba en intentar sobreponerse —ponerse en pie, más bien—, aunque las características resbaladizas del líquido y una base de superficie de

apoyo disminuida — sus muñones — contribuían a que cada tentativa acabase con el XY-Z dando una y otra vez de bruces contra el suelo. El fotograma, de no ser por lo comprometido que era de por sí, resultaba de lo más cómico. No me detuve más tiempo a comprobar cómo solventaba el problema, aunque de algún modo lo consiguió, porque, al volver a mirar hacia atrás, lo vi correr con más pena que gloria, eso sí, tras de mí. Este hecho confirma, como ya quedó de manifiesto con motivo de los altercados en el transporte público, que estos seres gozan de recursos intelectuales suficientes como para subsanar problemas simples.

Eché a correr por el pasillo central hacia la salida. A mitad de camino encontré el carro de la compra que había apartado anteriormente. XY-Z había salvado más de la mitad de la distancia que me separaba de él. Antes de su transformación, XY-Z practicaba atletismo; me parece recordar que los 200 metros lisos eran su especialidad. En alguna ocasión nos habíamos cruzado durante mis ejercicios matutinos por el parque, y ahora parecía, pese a su nuevo estado, que conservaba sus capacidades atléticas, hecho que debería tener en cuenta para próximas ocasiones. Necesitaba recurrir a una medida desesperada y, sin pensarlo, abordé el carro de la compra, el mismo que había apartado de mi camino momentos antes, con un salto en plancha que aceleró mi huida en los primeros metros. Por suerte, el acecho se había vuelto a interrumpir: en esta ocasión mi enemigo se encontraba a cuatro patas, con los muñones plantados en el suelo intentando recuperar la verticalidad. Volví a imprimir velocidad a mi transporte a modo de patinete hasta que llegué a la intersección de la salida, donde abandoné el carro de un salto acrobático que acabó estrellándolo contra un televisor LCD de última generación. Rodé por el pavimento aplicando técnicas militares y quedé plantado en posición de defensa mirando hacia donde debía encontrarse mi atacante. Efectivamente, XY-Z, en un alarde de sentido práctico, intentaba quitarse las botas, que, con las suelas impregnadas de aceite, le impedían un avance seguro, aunque la pérdida de los dígitos hacía la labor imposible. La cuestión es que el nuevo contratiempo me dio margen suficiente para alcanzar la salida. La providencia quiso que, en primera instancia, las llaves del coche estuvieran en

el contacto y, en segunda instancia, que no arrancase a la primera. Insistí en girar la llave de contacto, pero el veredicto fue el sonido ahogado del motor. Sabía que no podía demorarme, porque con las ya demostradas habilidades Z no tardaría en encontrar una solución al problema de las botas. Volví a intentarlo, aunque con idéntico resultado. No fue hasta el cuarto o quinto intento –XY-Z aparecía por la puerta directo hacia mí– cuando el coche arrancó. Al cruzar el umbral de la puerta del centro asistencial, los rayos solares alcanzaron la piel cianótica de mi perseguidor, cosa que no pareció gustarle, pues retrocedió profiriendo una especie de grito y volviendo de inmediato al solaz de la luz artificial del interior. Tuve el tiempo suficiente para accionar el mecanismo que ponía en marcha el vehículo y alejarme del lugar con mi lata de tabaco de pipa en el bolsillo. Ahora me doy cuenta de que, una vez abandonado el recinto, estaba seguro, ya que los rayos ultravioleta convertían el exterior en un hábitat excluyente para mi perseguidor, aunque mi percepción entonces distaba mucho de ser así.

Abandoné el lugar precipitadamente y, he de decirlo, sin respetar los límites de velocidad establecidos; incluso llegué a saltarme algún stop, y algún que otro semáforo en ámbar. Espero en todo caso que se hagan cargo, y no declino las posibles responsabilidades que de ello pudieran derivarse, sin perjuicio de alegaciones que estaría dispuesto a argumentar en mi favor, claro está. De todas maneras, a medida que me distanciaba de la zona cero y mi frecuencia cardíaca se estabilizaba, adecué mi conducción a lo establecido por la DGT. El trayecto hasta mi campamento base no merece especial atención. Pude recuperar la calma y llegar sin incidentes.

Aparqué el coche delante de casa. *García*, el gato del pueblo, ha venido a saludarme de forma inmediata y efusivamente, acto que he agradecido con unos golpecitos en la cabeza del felino. He entrado dentro de casa activando todos los sistemas de seguridad. Por primera vez desde que lo hice instalar, he sentido que estaba sacando provecho a la sumamente cara inversión, y que resultaría amortizada con creces en estas jornadas poco halagüeñas. La idea surgió de la lectura de otro género denostado por los críticos menos evolucionados de nuestro tiempo: los cómics. Quizá de lo acaecido hasta ahora resulten los héroes de nuestro tiempo, pero ésa es otra

historia de la que tal vez pueda dar cuenta en otra oportunidad. La cuestión es que necesitaba contar con un lugar donde protegerme de las agresiones externas, el refugio impenetrable desde donde planificaría mis ataques contra el hampa y en el que fabricaría los artilugios que tendrían que ayudarme a ponerlo en práctica. Al principio dudé de si era buena idea, pero la lectura y el posterior visionado de un film en el que quedaban de manifiesto las ventajas de contar con uno en condiciones similares terminaron por convencerme. Así que convertí mi casa en una especie de refugio nuclear que me pondría a salvo de contingencias inesperadas. Al estar dotada de cámaras de vigilancia en su perímetro y de monitores en el interior, podía tener un control total del exterior. Incluso cuento con sistemas de autoabastecimiento de luz y agua: el mirador perfecto del holocausto Z del que estaba siendo testigo.

Mi primer cometido ha sido desprenderme de la ropa, pues he pensado que podía ser un foco de infección que no convenía conservar; aun así, antes de proceder a su destrucción, me había propuesto realizar un pequeño análisis visual detallado, por si pudiera aportar pruebas, indicios u otros elementos que aprovechar en la contienda con XY-Z. He aplazado la autopsia textil para después de la ducha. Me ha asaltado la idea de que quizá, durante la persecución, y más concretamente durante el primer ataque, pudiera haber sufrido alguna herida, lo que tendría unas consecuencias impredecibles. Esto habría significado poner en marcha el «Protocolo de Actuación en Caso de Herida durante una Crisis Z», que requería la cuarentena del individuo atacado y otras medidas de las que por suerte no tengo que dar cuenta.

Una inspección ocular de mi cuerpo ha revelado, además de un admirable tono muscular, una incólume superficie corporal, lo cual he celebrado con una profusa ducha que ha activado mi capacidad deductiva. Expongo las conclusiones del proceso mental que ha desembocado en la siguiente teoría: XY se encontraba en la ciudad cuando ha estallado la revuelta Z, y sin duda ha resultado atacado, pero, conservando parte de su condición y de sus capacidades humanas, ha tenido tiempo de volver al pueblo en su coche. Durante el trayecto, sus condiciones han ido transmutando a las propias de un Z, aunque, no habiendo transcurrido suficiente tiempo para

completar la transubstanciación, y habiendo perdido la mayor parte de su humanidad (aunque no la mentalidad proletaria), ha terminado allá donde pasa la mayor parte de su tiempo: en su puesto de trabajo. Exánime, ha abierto las puertas y, seguramente víctima del delirio, ha terminado de llevar a cabo algunas de las tareas rutinarias de un día de trabajo normal. Por último, como un animal herido, ha buscado refugio en un lugar oscuro para completar la transubstanciación. Por fortuna, he sido yo quien lo ha despertado de su hibernación: otro ser humano, carente de mis capacidades físicas e intelectuales, se habría convertido en el desayuno del Z.

Sólo quedaba proceder a la inspección ocular minuciosa de las ropas. Por suerte, las había dejado en un pequeño patio interior con acceso desde la cocina. Al acercarme a ellas, me han dado arcadas: un pestilente olor ha penetrado por mis delicadas fosas nasales alterando el ph de mi estómago. Aunque el siguiente dato menoscabe mi imagen, he de confesar que he tenido que hacer una visita urgente al lavabo víctima de una descomposición mayúscula. Me he vaciado como nunca había experimentado, pese a mi tendencia al estreñimiento, y casi me he quedado sin fuerzas sentado en la taza del váter mientras un sudor frío me bañaba el cuerpo. He debido de quedarme del color del helado de coco. Ha sido como si la vida se me fuese por la puerta trasera; para colmo, no había papel en el portarrollos.

Una vez solventado el inusitado capítulo intestinal, he procedido a la inspección de las pruebas. Previamente he tomado unas improvisadas medidas preventivas adecuadas a mis propósitos: me he ataviado con unos guantes de látex (los que utiliza mi asistente), una cofia (una bolsa de plástico ha hecho las veces), una bata blanca (en concreto la del baño) y unas gafas (las de sol), aunque de estas últimas he tenido que prescindir por dificultar una inspección ocular detallada.

Lo único destacable, para no aburrir al posible lector con el minucioso proceso, ha sido, paradójicamente, lo infructuoso del mismo. Aparte de las marcas producidas por el trajín de la persecución, no había muestra alguna. Obviamente, esperaba encontrar improntas de sangre o sustancia análoga que, en un posterior análisis, y con los medios técnicos adecuados, revelasen información genética o de otra naturaleza del nuevo individuo.

Lo precipitado de los acontecimientos evitó que me diese cuenta de algo que he deducido utilizando las técnicas de autohipnosis reveladas por mi psiquiatra. Un revisualizado mental del instante en el que cercené las manos de XY-Z demuestra que no se produjo hemorragia alguna, lo que explicaba la ausencia de sangre Z en la camiseta, dato este que ha derivado en otro alarde deductivo por mi parte: si no sangran, su muerte no puede producirse como consecuencia de una hemorragia, lo que se hace ineficaz cualquier ataque con esta pretensión y confirma la teoría de que la forma más eficiente de acabar con ellos es destruir el centro neurálgico que rige la integridad de sus funciones vitales, o sea, su cerebro. Después de tanta deducción y análisis, y del capítulo intestinal, mi mente agotada ha necesitado un pequeño asueto.

He concluido el proceso de análisis destruyendo las evidencias textiles. He considerado que no constituían prueba alguna y que, a falta de más referencias, su conservación, como ya he comentado, podía constituir un peligro en sí mismo, de modo que, junto con los demás desperdicios caseros, las he tirado a la basura, que he sacado inmediatamente de casa. Era indispensable: ese olor estaba apoderándose de todas las estancias de la casa. A las 3.00 p.m., con un sol que, aunque no para sufrir una insolación, resplandecía con todo su esplendor e inhabilitaba cualquier ataque Z, me he deshecho de los desperdicios de la autopsia. Como dato premonitorio —más adelante se entenderá, aunque en ese momento no supe interpretarlo—, debo mencionar el hecho de que poco después de lanzar la bolsa de basura al contenedor han aparecido del orden de media docena de gatos disputándose. He calificado la conducta como normal dentro de las que un felino callejero famélico puede manifestar, aunque ahora sé que me equivocaba: lo único que parecía interesarles de su contenido era mi ropa.

He vuelto a casa, me he preparado un tentempié, he cargado una pipa con el tabaco recién adquirido, aunque no sin cierto temor a que provocase un nuevo episodio de diarrea incontrolada (cosa que no ha ocurrido), y he prestado atención a las últimas noticias que se escuchaban en televisión: las horas diurnas han sido aprovechadas por las autoridades para el reclutamiento civil voluntario. Por lo visto, batallones improvisados de estos volun-

tarios dedican las horas de sol a realizar batidas en lugares donde previsiblemente se resguardan los Z para acabar con ellos, cosa que parece no haber tenido mucho éxito, pues muchos de ellos, a la hora de la verdad, ponían pies en polvorosa, y viéndose perseguidos por sus compañeros de rastreo, disparaban sobre ellos provocando bajas entre sus propias filas. Por otra parte, la comunidad científico-militar parece ir haciendo avances en la confección de un arma eficaz contra los Z. Se trabaja en una especie de aerosol, aunque parece que el problema estriba en que los efectos aniquiladores funcionan de igual modo en humanos, lo cual hace inviable su uso indiscriminado, al menos en zonas adineradas, lo que me tranquiliza. No recuerdo mucho más, porque una sensación de cansancio extremo ha terminado de alienarme en el sofá.

He despertado pasadas las 6.00 p.m. El sol se ocultaba en el horizonte y, aunque reconfortado por la siesta, la llegada de la noche me ha inducido a ponerme en modo alerta. He decidido mantenerme ocupado: he encendido otra pipa. Dado que no quedaban teorías que analizar, me ha parecido buena idea ver alguna de las obras que tenía en mi videoteca particular. Las recordaba fotograma por fotograma, pero nunca se sabe qué nuevas revelaciones podía aportar un nuevo visionado. He seleccionado *Zombi Deep*, *Zombi Zoom* y *Zombi Attack*. Durante el visionado de la segunda me ha asaltado el hambre, aunque he preferido no interrumpir el estudio con una cena al uso y me he preparado un bocadillo de jamón ibérico que ha colmado mis expectativas culinarias.

La revisión fílmica no ha puesto sobre la mesa novedades, aunque me ha hecho pasar un buen rato y me ha permitido concluir que las teorías que he planteado hasta ahora tienen visos de veracidad. Me he levantado a beber un vaso de agua y ha sido entonces cuando lo he visto a través de uno de los monitores: plantado delante de mi ventana, debajo de una farola, pretendidamente a la vista. Ahora comprendo que no fue una buena idea aparcar enfrente de casa, pues ha revelado mi posición al enemigo. He podido adivinar en su mirada una auténtica animadversión personal (confirmada con un zoom de cámara) que no presagia nada bueno y que, además, pone de manifiesto la capacidad de un Z para experimentar un sentimiento puramente humano: el odio, intrínsecamente relacionado

con el recuerdo. La situación no me era favorable: además de ser el plato principal de XY-Z, había rencillas personales, lo que dotaba a mi oda personal de un toque dramático. Si bien cabe la posibilidad de que un Z pueda albergar sentimientos humanos, hasta ahora negativos, también podría concebirse que experimentase sus contrarios, aunque, sinceramente, esta teoría quedaba rebatida por lo acaecido hasta el momento. De todas maneras, tiempo habrá de confirmar, o no, el planteamiento. La cuestión es que he presenciado una secuencia dantesca: *García*, el gato que solía merodear por las cercanías de mi casa, se ha acercado a XY-Z. Iba olfateando el aire como si un canto de sirena lo hubiera sumido en trance, parecía estar olisqueando un manjar al que no pudiera resistirse. Al principio no he sabido responder a tan extraño comportamiento, aunque un recuerdo olfativo inconfundible ha acabado por invadirme, junto con la imagen de *García* saludándome entusiasmado al llegar a casa esta mañana. Parece evidente que no era por mi persona por lo que el felino había mostrado tan profuso interés, sino más bien por ese tufo inconfundible con un resabio a pescado podrido que aplastó mi delicado sentido del olfato en el primer encuentro en el centro comercial, del que quedé impregnado y que convertía a XY-Z en una especie de cubo de basura restaurante para *García*, que se acercó sin intuir lo que le esperaba. Al llegar a la altura del Z, ha empezado a lamerle los pies descalzos: XY-Z se ha agachado, ha recogido a *García* del suelo con los brazos y se lo ha acercado a la boca. *García* parecía sumido en un deleite olfativo orgásmico y no paraba de lamer la cara del Z, quien, con un ataque rápido y certero, ha mordido el gaxnate del felino. Al principio ha presentado batalla con rápidos y espasmódicos movimientos de sus patas traseras que han terminado por saltarle un ojo a XY-Z y le han dejado la cara como un mapa de ferrocarriles, aunque no le han inmutado lo más mínimo. En un segundo ataque ha «destraqueado» — permítaseme la expresión pues define con exactitud el hecho — al pobre *García*. Evitaré pormenorizar los minutos que han seguido al primer mordisco, pero básicamente XY-Z ha proseguido con su particular piscolabis, del que ha dado buena cuenta rápidamente. Al terminar, ha estrellado los restos de *García* (un saco de huesos y piel) contra una farola. Incluso me ha parecido adivinar, por los gestos faciales de

XY-Z, un profundo eructo, aunque este dato no puedo confirmarlo a ciencia cierta. He recibido el mensaje alto y claro, pero no ha conseguido amedrentarme: quién sabe en cuántas ocasiones he visto escenas parecidas en mi pantalla plana de 52 pulgadas. Quizá un animal doméstico no ha sido un recurso muy utilizado en la ficción, aunque no desmerece en absoluto.

Después, el satisfecho comensal ha llamado mi atención de nuevo: XY-Z ha empezado a hurgarse la entrepierna. Los muñones impedían lo que quiera que intentase llevar a cabo, cosa que ha quedado de manifiesto segundos después: una mancha ha empezado a expandirse desde la zona pélvica hacia los muslos: se había meado encima. Con franqueza, me ha dejado de pasta de boniato: las necesidades fisiológicas tampoco se mencionaban en los diferentes tratados zombi, que las obvian o descartan sin reparo alguno. Estaba claro que el Z que tenía delante había vaciado su vejiga delante de mis narices. Lamentablemente, las circunstancias que rodeaban el acto impiden aportar datos más concretos acerca de las características de la orina.

Desconozco si la escena en su conjunto representaba algún tipo de rito animal primario, como el de marcar territorio, al igual que hacen los canes. Lo que parecía claro es que el espécimen aprovechaba sus horas nocturnas de actividad para satisfacer todas estas necesidades. Había sido testigo de las siguientes: comer (ésta creo que todavía no la ha resuelto, por el tamaño del felino, digo; no obstante, como parecía que, al margen de la carne humana, no renunciaba a otros manjares, podría subsanarla cómodamente); beber: no sé si la resuelve a través de la ingesta de alimentos sólidos o si su hidratación proviene además de otros líquidos, y, por último, minigitar, de la que acababa de ser testigo. XY-Z, orinado de arriba abajo, ha desaparecido entre las sombras.

Las horas siguientes las he dedicado a trazar un plan para darle la vuelta a la tortilla. He pensado que si bien por las noches soy presa fácil y mis posibilidades de supervivencia se reducen, durante el día la cosa cambia... puedo ser cazador en vez de presa. Dadas las capacidades intelectuales de XY-Z, es cuestión de tiempo que encuentre la manera de ir socavando mis defensas. Podría ser que tuvieran capacidad de comunicarse, por lo que un grupo lo suficientemente

grande y organizado acabaría por minar los sistemas de seguridad, repartiéndose en el postre. Teniendo en cuenta que el pueblo está desierto, o eso parece, y que mi único aliado, mi vecino, no parece estar en mi línea de acción, se hace imprescindible resolver la ecuación y volver a intentar un acercamiento con el todavía propietario del arma. Conseguir la pistola vuelve a ser prioritario, sobre todo ahora, cuando eliminar a XY-Z es, paradójicamente, la opción más segura para mí. Mañana iré en su busca.

Son las 2.00 a.m., sin novedad desde que el Z se ha ocultado en la oscuridad buscando ampliar su territorio de caza: vagará por las calles desiertas en busca de alimento o de la manera de perpetuar su especie. Concluyo el relato de los pormenores del día de ayer. Dado que no puedo hacer nada y no me encuentro demasiado bien, me voy a dormir. Mañana será un duro día.